

El pasillo imaginario

Se presenta una imagen repetidas veces, no queda claro qué significa, pero tampoco importa. Se trata de un pasillo ni tan extenso ni tan angosto, delimitado por un tapiz claro de patrón floreado, sobre el cual era costumbre practicar la poco virtuosa escritura. Los acabados del suelo y el techo no importan, pero sí la lámpara que cuelga de éste último, la cual escasas veces era encendida, pero tampoco lo necesitaba.

La profundidad del encuadre se prolonga, pues sobre el muro que remata al fondo, se encuentra suspendido un marco que resguarda el rompecabezas que ilustra una habitación parecida a lo de afuera, donde un felino reposa tranquilo sobre una silla situada en primer plano. Más cerca, ya en el mundo real, se yergue transversalmente un barandal metálico, el cual era cómplice al desafiar las reglas de la escalera; aquellas veces resultaba realmente emocionante trepar por fuera de ella.

Paralelo a él, en un plano más próximo, se cuelga la luz del pasillo de acceso, que ilumina místicamente el retrato especulado de un personaje de fama mundial, dicen que su nombre comienza con la letra Y, o J... tampoco es importante.

Este espacio era vivido con inquietud, a veces era pista de patinaje, cueva donde se hacía pintura rupestre, campo de obstáculos o escenario de canto y baile, ahora vergonzoso por cierto. También era el umbral de todos los demás espacios, que en ese momento eran públicos a pesar de ser privados algunos. Al pensar al respecto, pareciera incomprendible la fijeza de aquél encuadre en la mente. Generalmente no era costumbre sentarse en el sillón de la estancia desde el cual esa perspectiva es generada.

¿Por qué no aparece la imagen de la estancia, donde se jugaba hasta el hartazgo? ¿o de la cocina, donde además de comer, se aprendían cosas fascinantes, como la extinción de los dinosaurios o las aventuras de una niñez lejana? ¿o el patio, que tenía el poder de convertirse en pista de carreras, en cancha de fútbol, de básquetbol o tenis? ¿o el comedor, cuya pesada mesa de madera (que casi nunca servía para comer), el gran espejo, las vitrinas

habitadas por porcelana y la ornamentada lámpara colgante, hacían del lugar algo casi irreal? ¿o el jardín, adornado con rosales, un cerezo, un árbol de durazno y otro de limón, del cual ya no queda más que recuerdos olvidados en un álbum fotográfico? ¿o inclusive, por qué no aparece la imagen de la casa propia?

El conjunto al cual pertenece aquél pasillo resultaba aparentemente inmenso para unos ojos poco experimentados, incluso tímidos. Ahora el espacio se redujo, el pasillo se hizo menos extenso y el techo descendió algunos centímetros. El tapiz se ha ido, al igual que ese retrato de mirada noble, sólo permanece la figura fija de aquel felino; el pasillo ya no parece otra cosa que aquello que es, aunque resulta evidente que cada decímetro cúbico de aire recuerda cosas que otros no.

Es verdad que ya no se siente igual estar ahí, es triste que ahora la sensatez y la medida ya no aguarden afuera, así como el que los espacios antes públicos ya sean privados. Es innegable que el anhelo de volver a ese lugar se ha hecho presente; también es posible que mucho de lo descrito haya sido idealizado, sin embargo, es preferible imaginarle de esa manera.

Ciudad de México, mayo 2017

Viviana Catalina Benítez Jiménez

Arquitecta por la Universidad Nacional Autónoma de México en 2015, estudiante de Maestría en Arquitectura en el Programa de Maestría y Doctorado de Arquitectura de la

UNAM

vicabeji@gmail.com